

PENTECOSTES

Porqué sigue siendo importante Pentecostés.

Pentecostés sigue vivo.

Reviviendo el Pentecostés

A Pentecostés se lo llama la “fiesta de las semanas” (Ex. 34:22). También la “fiesta de la cosecha” (Ex. 23:16) y el “día de las primicias” (Nm. 28:26).

Conforme a Jeremías 31:31-34 la ley escrita sobre las tablas de piedra habrían de ser reemplazadas por la ley escrita sobre los corazones.

Podemos ver entonces como en Pentecostés se da el cumplimiento inicial a esta promesa.

Pentecostés era una de las festividades más importantes del año judío y originalmente requería la asistencia al santuario de todos los varones israelitas (Lv. 23:21). Con la dispersión, este requisito sólo podían cumplirlo los que hacían peregrinación a Jerusalén. Pentecostés entonces se convirtió en la ocasión en que mayor cantidad de peregrinos se reunían allí (Hch. 2:9-11).

Aquel gran día, los creyentes “estaban todos unánimes juntos” (Hch. 2:1). Podemos pensar que habían permanecidos constantes en el compañerismo esperando la promesa. Y de repente, ¡se cumplió!. Un estruendo llenó toda la casa, lenguas como de fuego fueron repartidas entre ellos y fueron todos llenos del Espíritu Santo, comenzando a hablar en otras lenguas (Hch. 2:2-6).

El milagro pentecostal produjo tres resultados. Algunos de la multitud reaccionaron con asombro y verdaderamente deseaban conocer todo cuanto ocurría (2:12). Otros ridiculizaron abiertamente lo acontecido (2:13). Y Pedro entendió que esta era la señal de que la promesa del Padre había sido cumplida y que era el momento de comenzar a predicar el evangelio. Así lo hizo.

A partir de Pentecostés, somos introducidos en una nueva relación con el Espíritu Santo.

Antes de Pentecostés, el Espíritu Santo era una posesión especial para un propósito especial. El Espíritu vino sobre los hombres para capacitarlos, para construir el tabernáculo, para preparar incienso para el servicio sagrado, para profetizar, etc. Desde Pentecostés en adelante, el Espíritu habría de ser la posesión común del pueblo del Señor.

Antes de Pentecostés, el Espíritu Santo no se veía como algo que poseyeran todos los israelitas (de lo contrario la profecía de Joel no tendría propósito alguno). Después de Pentecostés, el don del Espíritu pertenece a todos los creyentes.

Lo nuevo desde Pentecostés es la oportunidad que provee. Con el derramamiento del Espíritu sobre toda carne, con el sacrificio de Cristo realizado una sola vez para la salvación de todos y la llegada de la hora cuando los hombres no tienen más necesidad de ir a adorar a Jerusalén, las buenas nuevas de la salvación divina pueden rápidamente ser

diseminadas a todas las naciones. En efecto, casi podríamos decir que antes de Pentecostés, si Dios deseaba que un gentil viniera al Reino, tenía que hacerlo en alguna forma especial. A partir de Pentecostés, la responsabilidad nos ha sido encomendada a todos nosotros.

¿Cómo puede ser esto? Es uno de los resultados de la encarnación de Cristo. Cuando el Hijo de Dios tomó la forma humana, vino a ser parte de la raza humana. Cuando envió a su Espíritu, después de la encarnación, lo envió sobre la raza humana redimida. La Iglesia de Cristo sobre la tierra es, en cierto sentido, una extensión de su encarnación. Somos el Cuerpo de Cristo. Justamente como el Espíritu de Dios habita en el bendito Hijo de Dios, asimismo éste puede habitar en todos los que, en virtud de la obra redentora del Cristo, son hijos de Dios. Nos hemos convertido en el templo del Espíritu Santo.

Durante Pentecostés los corazones de más de tres mil personas se volvieron al Señor y fueron añadidas a la iglesia (Hch. 2:41).

¡Y la Iglesia sólo había estado predicando el evangelio durante un solo día! Con tales resultados desde los mismos comienzos, “sobrevino temor a toda persona, y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles” (2:43). Los creyentes estaban llenos de temor. Los apóstoles estaban llenos de poder. Su sentido de compañerismo, de unidad, se desarrolló de tal manera que tenían hasta sus posesiones materiales como propiedad común (2:44,45), y sus vidas fueron constantes expresiones de alabanza a Dios, así como de buen testimonio para los que estaban fuera del círculo de compañerismo cristiano (2:47). ¿Resulta difícil creer que el Señor le diera firme crecimiento a tal iglesia?

“Una iglesia viva”, de William Sanford LaSor. Editorial Clie.